

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

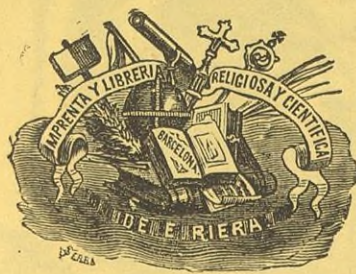
Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
calle de Robador núm. 24 y 26.
1876.

Cuaderno 8.

DE LAS PERSSECCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATOLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA EPOCA ACTUAL

CONTIENE UN RESUMEN DETALLADO DE LAS CAUSAS DE LAS PERSECUCIONES DE LA IGLESIA CATOLICA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII, Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES DE ESTAS PERSECUCIONES, DE LAS PRINCIPALES PERSECUCIONES QUE SUFRIO EN GUSTAVO HAZ RECIDO Y EN LA BORGONA DE LOS TIRANOS Y PERSECUCIONES Y DE LOS MAS TERRORES PERSECUCIONES Y MARTIRIOS, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS TIPOS DE LOS PERSECUCIONES EN LOS SIGLOS XVI Y XVII, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA LA EPOCA ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vitoria y D. José Hibelonso Gafel

EL PERSECUCIONES

CON MAGNETICAS LAMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO

PREVIA CENSURA DIOCESANA

TOMO PRIMERO



BARCELONA: IMPRENTA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA DEL HEREDERO DE D. CARLOS BARRA

1876

Cuaderno 8

hubieran brotado las virtudes heroicas, las instituciones benéficas, las escuelas luminosas, las artes admirables, los prodigios de la sabiduría y de la caridad que han embellecido los anales del género humano cristianizado. El apostolado no hubiera convertido el mundo, la Iglesia no hubiera fecundizado la sociedad, la gracia no hubiera santificado el hombre, y las generaciones hubieran continuado sentadas en las tinieblas y en las sombras de la ignorancia y de la muerte. Las nubes de las antiguas dudas hubieran continuado teniendo oscura la inteligencia, el frio del antiguo egoismo hubiera continuado teniendo helado el corazón.



CELOS DE LOS JUDÍOS ANTE EL PROGRESO DEL CRISTIANISMO.

La lanza que destrozó las entrañas del Pacificador hubiera continuado destrozando las entrañas de los hombres que no hubieran podido ser redimidos. Los pobres, los mansos, los atribulados, los perseguidos por la justicia, los rectos de alma, los sencillos de espíritu vieran desvanecidas sus esperanzas, no descubriendo delante de sí nada mas que una eterna noche.

Los ángeles que anunciaron la paz en la tierra se hubieran vuelto á los cielos confesando la incapacidad de la concordia humana.

Sin embargo, al partirse el corazón de JESUCRISTO cayó sobre la tierra la última gota de su sangre, y ella fue la semilla del gigantesco, del colosal árbol de la caridad católica, que regada luego por la sangre y las lágrimas de los creyentes, fortalecidos por la gracia, desplegó frondosamente sus ramas, que se extendieron sobre las cuatro partes del mundo, y cubrieron la faz de la tierra de flores y frutos evangélicos.

Aquella lanzada, al asestarse contra el corazón de JESUCRISTO fue dirigida contra todos los sagrados misterios de la Redención; contra la encarnación del Verbo en el hombre, y por consiguiente contra el restablecimiento de las relaciones del cielo y de la tierra por aquella encarnación efectuada; contra la multiplicación del pan del pueblo, fruto de la misericordia divina, y por lo tanto contra el espíritu de beneficencia cristiana en aquella multiplicación simbolizada; contra la Eucaristía, legado supremo del Dios amor, y por consiguiente, contra toda la vida y toda la piedad y toda la dignidad, que al género humano redunda de la perpétua permanencia de JESUCRISTO en el seno de la Iglesia. Aquella lanzada tendía á volver ciegos los ojos que CRISTO había abierto, sordos los oídos que CRISTO había despertado, paráliticos los miembros á que CRISTO había dado movimiento; muertos aquellos á quienes CRISTO había devuelto la vida.

Sin embargo, la memoria de estos beneficios dispensados á la humanidad no podía borrarse, y los grandes misterios de la vida del Redentor estaban destinados á recibir culto obsequioso de parte de las generaciones venideras.

A diez y nueve siglos de distancia desde que fue herido el santo costado del Redentor todavía la lanza fatal es objeto de los respetos de la cristiandad, no por el atropello en la sagrada Persona causada, sino por ser ella el venerable instrumento que, partiendo el pecho santo, consumó el gran sacrificio.

Desde aquel hecho ya saben los espíritus generosos en el Cristianismo inspirados lo que les aguarda de parte del mundo beneficiado. El hierro de Longinos está levantado siempre contra el corazón cristiano.

La lanza perseguidora y aguda amenaza partir la mano que multiplica el pan, atravesar el pié que camina para salvar al hermano, partir el pecho que rebosa caridad. Empero la caridad es inmortal, la herida que lacera el corazón benéfico enardece la sed de beneficencia. La persecución acrecienta la bondad; la ingratitud centuplica las manifestaciones de amor. El golpe de lanza que recibió el divino pecho promovió la explosión de innumerables dardos de amor, que esparcidos cual chispas de un volcán por el universo entero, encendieron la tierra, la pacificaron y la hicieron capaz de constituir la admirable fraternidad de los pueblos, de las familias y de los hombres, que es el glorioso distintivo de la civilización cristiana.

XX.

JESUCRISTO perseguido en el sepulcro.

Estaba destinado que los enemigos de la Redención humana llevaran hasta el último extremo la persecución á JESUCRISTO. No les bastó haber descargado contra su cuerpo sensibilísimo la furia y el encono de que se hallaban poseídos; no se dieron por satisfechos de haberle llevado al patíbulo de la Cruz, despedazadas sus espaldas por los azotes y agujereada su cabeza por las espinas; no quedaron tranquilos ni sabiendo que había ya exhalado su último suspiro y que una lanzada había destrozado sus entrañas. Presentían que quedaba algo contra que cebarse, y presentían bien, porque en efecto, nada habían adelantado los perseguidores con crucificar al inmortal perseguido. El algo que podía quedar era todo lo que debía muy pronto desvanecer las ilusiones de triunfo concebidas en el Calvario.

El gran poder de JESUCRISTO fue su palabra, que salida de labios sencillos, habia conmovido el espíritu humano y abierto ante las turbas que la escuchaban inmensos horizontes de regeneracion. Cuanto JESUCRISTO anunció en vida, puntualmente se habia efectuado; los hechos probaban que el CRISTO era *la verdad*.

Interesaba, pues, á las judíos recordar si el Maestro divino habia consignado algo para despues de su muerte. La Sinagoga tuvo su conciliábulo para discutirlo. Y en efecto, muchos recordaron que JESUCRISTO habia dicho: «El Hijo del Hombre estará tres dias en el seno de la tierra» y en otro lugar: «Destruid este templo, hablando de su cuerpo, y en tres dias yo lo reedificaré.» Grande alarma produjo el recuerdo de este anuncio en el ánimo de aquellos, cuya conciencia sufría el remordimiento del cruel deicidio consumado. ¿Temian la verdad de la Resurreccion? Aunque interiormente la temieran interesábales disimularlo. Presentáronse, pues, á Pilatos y le dijeron: «Señor, nos hemos acordado que aquel impostor estando todavia en vida, dijo: «Despues de tres dias resucitaré;» manda pues que se guarde el sepulcro hasta el tercer dia, para que no vayan quizá sus discípulos y lo hurten y digan á la plebe: «Ha resucitado de entre los muertos» y sea el prostrer engaño mas pernicioso que el primero.

Respondióles Pilatos: «ahí teneis la guardia: id y ponedlo como os parezca (1).»

Jubilosos recibieron tan favorable despacho, no comprendiendo que este último rasgo de animadversion iba á proporcionar testigos irrecusables al trascendental hecho, que habia luego de alegrar á la naciente Iglesia.

Hé aquí, pues, el cuerpo de JESUCRISTO colocado bajo el sello del sumo Pontífice, y junto á Él los guardas. Los Apóstoles intimidados se ocultaron en las cuevas inmediatas á Jerusalem. A continuar así por espacio de cuatro dias Jesús hubiera pasado plaza de impostor; los príncipes de los sacerdotes, escribas y fariseos hubieran ganado su causa para siempre y con ellos los mortales á quienes representan, todos los enemigos de CRISTO que desde Adán le han declarado empeñada guerra; el infierno hubiera quedado triunfante y eternamente vencidos el bien, la virtud, el cielo, la verdad; el demonio no pudo por tan pocos dias vigilar para que no se perdiera su causa (2).

No, no podian prevalecer las fuerzas del infierno contra el reino de Dios, cuyos fundamentos JESUCRISTO habia establecido. «JESUCRISTO victorioso despues de su muerte, ha escrito Voltaire, empezó á reinar precisamente en el momento en que todo en nosotros se desvanece; muriendo JESUCRISTO empezó la série de sus pacíficas conquistas.»

Hé ahí cómo cuenta el Evangelio el suceso, que vino á poner la corona á la verdad de la mision de Jesús: «Avanzada ya la noche del sábado, al amanecer el primer dia de la semana, vino María Magdalena con la otra María á visitar el sepulcro.

«Á este tiempo se sintió un terremoto grande, porque bajó del cielo un ángel del Señor y llegándose al sepulcro removi6 la piedra y sentóse encima, su semblante brillaba como relámpago y era su vestidura como la nieve, de lo cual quedaron los guardias tan aterrados, que estaban como muertos.

«Mas el ángel dirigiéndose á las mujeres, les dijo: Vosotras no teneis que temer, que bien sé que venis en busca de Jesús, que fue crucificado; pero no está aquí, porque ha resucitado segun predijo. Venid y mirad el lugar donde estaba sepultado el Señor. Y ahora id sin deteneros á decir á sus discípulos que ha resucitado; y hé aquí que irá delante de vosotros en Galilea: allí le vereis; ya os lo prevengo de antemano.

«Ellas salieron al instante del sepulcro con miedo y con gozo grande, y fueron corriendo á dar la nueva á los discípulos; cuando hé aquí que Jesús les sale al encuentro, diciendo: Dios os guarde; y acercándose ellas abrazaron sus piés y le adoraron. Entonces Jesús les dice: No temais: id, avisad á mis hermanos, para que vayan á Galilea, que allí me verán (3).»

(1) San Mateo, xxviii.

(2) *La Tierra Santa*, por Mistris.

(3) San Mateo, xxviii.

La iglesia habia triunfado. JESUCRISTO acababa de dar la última y la mas incontrovertible prueba de su divinidad; solo el autor de la vida podia emanciparse del dominio de la muerte. El sepulcro quedaba trasformado por aquel hecho en el trono de la gloria cristiana.

¿Qué habian de hacer la Sinagoga y los judíos imbuidos en su espíritu? ¿qué hicieron?

Lo que habian de hacer es mas claro que la luz del dia; debian someterse á la evidencia y postrarse ante el vencedor de la muerte y repetir de hinojos las palabras del Centurion: *verdaderamente este es el Hijo de Dios*. El cumplimiento de las profecias no podia ser mas manifiesto: noble arranque hubiera sido confesar varonilmente: «Nos hemos equivocado.» Muchos judíos despreocupados se levantarán en el dia de la muerte universal y dirán para confusión de sus tenaces compatriotas: «Nosotros, judíos como vosotros, confesamos la divinidad de JESÚS al presenciar los milagros que tuvieron lugar en su última hora ¿por qué no lo confesásteis vosotros?»

¿Qué hicieron? Todo lo contrario de lo que les aconsejaba el recto juicio.

Sigamos leyendo el relato de aquel interesante episodio de la historia cristiana escrita por san Mateo: «Mientras ellas—las mujeres—iban, algunos de los guardas vinieron á la ciudad y contaron á los príncipes de los sacerdotes todo lo que habia pasado.»

Profunda sensacion produjo esta noticia en los adversarios de CRISTO. «Congregados, continua el Evangelista, los príncipes de los sacerdotes con los Ancianos, teniendo su consejo dieron una gran cantidad de dinero á los soldados con esta instruccion: habeis de decir: estando nosotros durmiendo, vinieron de noche sus discípulos y le hurtaron. Que si eso llegare á oídos del presidente nosotros le aplacaremos y os sacaremos á paz y á salvo.»

«Ellos recibieron el dinero, hicieron segun estaban instruidos y esta voz ha corrido entre los judíos hasta el dia de hoy.»

Cerremos el libro evangélico y meditemos sobre la conducta de los enemigos de JESUCRISTO; no tratan ya de negar la desaparicion del cuerpo de JESÚS del sepulcro en que se hallaba custodiado; confiesan la desaparicion y tratan de explicarla por medio de una leyenda dictada á testigos, que empiezan confesando que se habian dormido.

Dios habia decretado que la crítica mas severa no pudiera encontrar ninguna oscuridad en la realizacion de esta parte esencial de la historia del Cristianismo naciente. Puestos á mentir ¿cómo no supieron mentir con mas cálculo!!!

Hubieron podido por ejemplo, ponerse de acuerdo y decir: «sabiendo que los discípulos de JESÚS trataban de secundar la impostura de la resurreccion, nos pusimos de atalaya para expiar sus planes y sus maniobras, haciendo como que abandonáramos el sepulcro; y ya apartados vinieron los herederos de las preocupaciones del Hijo de María, y rompiendo el sello, y levantando la losa, se llevaron el inerte cadáver. No les hemos perseguido, sabiendo que en un robo de esta especie nada puede basarse que tenga trascendencia en el mundo. Ciertos de la falsedad de la resurreccion venimos á atestiguar lo que hemos presenciado, como eterna protesta de lo que los discípulos del Crucificado intentasen propalar.» Si en estos ó parecidos términos hablaran los soldados hubiera sido menos ridículo que el recurso de fundar la negacion de un hecho tan trascendental en el testimonio de testigos dormidos.

¿Si dormiais, les pregunta san Agustin, cómo podeis decir lo que ha sucedido? Y sino dormiais ¿habeis sostenido una lucha con los que decís que venian á llevarse el cuerpo de JESUCRISTO? y siendo así ¿dónde están los muertos y los heridos? Dadnos algunos permenores sobre esa sangrienta pelea; ninguno de vosotros ha pedido auxilio, nadie ha perseguido á estos discípulos que se llevan un difunto que vuestro deber é interés os obligan á guardar. Teneis en vuestro favor al pueblo judío y á los soldados romanos y os dejais vencer por mujeres y algunos fugitivos. El mas valeroso de esos discípulos, que le negó mientras vivia, no pudo soportar las palabras de una criada ¿cómo se expusieron á la muerte para salvar el cadáver de un impostor que llevó su buena fe hasta mas allá del sepulcro por la promesa de su resurreccion, promesa en que ellos no creian?

No, no cabe el menor asomo de duda sobre la realidad de la resurreccion; lo que brilla mas refulgente que el sol es la perfidia de los judíos; ellos empezaron una faz increíble de persecucion á la gloria de CRISTO.

Veian á CRISTO glorioso, le veian triunfante, y sin embargo decian: Persigámosle en su gloria, persigámosle en su triunfo, como le hemos perseguido en su peregrinacion y en sus combates.

Neguemos lo que el mundo confesará, y si para ello es necesario comprar y seducir, seduzcamos y compremos.

Táctica practicada en aquellos dias y que, sin embargo, ha continuado siendo la observada en la sucesion de los siglos contra la Iglesia del Resucitado. Combatida la obra de CRISTO por todas las fuerzas morales y materiales de la sociedad, ha sostenido constantemente noble y heroica lucha contra todos los errores y contra todas las pasiones. Estas y aquellos se han puesto de acuerdo para perseguir la Verdad y la Justicia, enseñadas y prescritas por el Verbo perseguido. Muchas veces la Iglesia ha alcanzado brillantes triunfos; empero no importa: los vencidos perseguidores no se han rendido; al contrario, han acudido á la calumnia para explicar por bajos y viles móviles las victorias inmarcesibles del espíritu de Dios; han tratado de desfigurar los hechos, de calumniar las intenciones, de sustituir los buenos por malos fines y de presentar á la imaginacion de los pueblos tergiversaciones tan fundamentales como aquella inventada por los príncipes de los sacerdotes, por la que se presentaba como un robo intencionado lo que era resurreccion gloriosísima.

Los sorprendentes milagros obrados por la Iglesia en la civilizacion del mundo han pretendido ser desfigurados por la critica racionalista, rebajando los hechos sobrenaturales á la categoria de hechos nada admirables.

Verdad es que los testimonios que alegan no valen, ni significan mas que los testimonios dormidos invocados por los judíos; empero ellos invocan testimonios, aunque dormidos, falsos y comprados, seduciendo de esta manera á los cándidos y eclipsando con el vapor de las calumnias una parte de la espléndida gloria de CRISTO. Si bien el CRISTO sigue su marcha, hoy como al salir del sepulcro, va al encuentro de sus discípulos, habla con ellos el lenguaje de la inspiracion, les da nuevas manifestaciones de su divinidad; les enseña repetidas veces los agujeros abiertos en sus manos y en sus piés y en su costado por la lanza y los clavos; les alienta á creer y á sufrir las condiciones indispensables para obtener el triunfo cristiano.

Cuando JESUCRISTO hubo recibido el último tiro que era capaz de asestarle la malicia humana, subiése á los cielos, dejando en la tierra los herederos de sus lágrimas, de sus sudores, de sus contradicciones, de sus tormentos y de su Cruz. El tipo del hombre perseguido ostentaba la última pincelada. JESUCRISTO dijo: *Yo soy el camino*; y en otro lugar: *el que quiera seguirme tome mi cruz*.

De Nazaret al Calvario, del Calvario á los cielos es el itinerario legado á las sociedades creyentes de todos los siglos. Las persecuciones del Cristianismo que vamos á detallar son la multiplicada reproduccion de las persecuciones de JESUCRISTO cuyo relato hemos trazado á grandes rasgos.

Pilatos dijo mostrando á JESÚS azotado y desfigurado: *hé ahí el hombre*; nosotros, presentándole como la síntesis de todos los atropellos sufridos y sufribles, decimos: *hé ahí el Redentor*.

Cuando habremos recorrido las tumultuosas y sangrientas escenas de que han sido víctimas los secuaces y discípulos del Mártir del Gólgota, exclamaremos: *hé ahí los redimidos*.

Entre la vida de JESUCRISTO y la vida de la Iglesia descubriremos mas que una semejanza una identidad completa.

TRATADO PRIMERO.

PERSECUCIONES DE LA ÉPOCA DE LOS APÓSTOLES Y DE LOS DISCÍPULOS DEL SEÑOR,
Ó SEA DESDE CALÍGULA Á TRAJANO.

I.

Persecucion del Cristianismo por los judíos.

El Redentor antes de subirse á lo cielos dejó constituida en la tierra la Iglesia, institucion divina que recibió la alta mision de conservar y difundir la verdad doctrinal y la santidad moral que nos vinieron con la encarnacion del Verbo. El patrimonio que señaló el buen Padre de familias á su celestial hija, fueron las virtudes, con cuya práctica pudo atraer las almas asequibles y vencer las mas rudas dificultades. Siendo JESUCRISTO la sabiduría increada, absoluta, conocia perfectamente la viva oposicion que encontraria el desarrollo de su plan en el decurso de la historia del mundo, y por esto, advirtió á sus fieles, que el programa de la evangelizacion estaba basado en la certidumbre de las récias y airadas persecuciones.

«Id, dijo á sus discipulos CRISTO, hé ahí que os envio como corderos en medio de lobos...»

«...Sereis entregados para ser puestos en los tormentos y os darán la muerte y sereis aborrecidos de todas las gentes á causa de mi nombre (1).

«Acordaos de aquella sentencia mia, que dije: No es el siervo mayor que su amo. Si me han perseguido á mí, tambien os han de perseguir á vosotros; como han practicado mi doctrina, del mismo modo practicarán la vuestra (2).»

Portentosa era tamaña ingenuidad de lenguaje en aquel tiempo oscurecido por las nebulosidades filosóficas y políticas. Solo un Dios podia atreverse á proponer por semejantes medios la conquista del mundo. Pero el acento de la divinidad con que eran pronunciadas revestia de los resplandores de la sabiduría mas sublime estas palabras que, salidas de labios que no fueran los de JESÚS, de locura debieran ser calificadas.

Es hora de preguntarnos: ¿Hubo quienes se sintieran atraidos por este programa repulsivo á los naturales instintos del hombre? Lo que equivale á preguntar: ¿La Iglesia fue un hecho?

Sí, doce varones elegidos por el Mesias contrajeron cordialmente el compromiso de llevar adelante el plan del Verbo. Aceptaron la tarea de amaestrar á la sociedad perturbadora sabiendo de antemano que la corona de su apostolado seria el martirio. Setenta y dos observadores de las doctrinas y de los hechos de JESÚS corrieron á aceptar á la cooperacion de la obra divina. JESÚS no abandonó la tierra santificada por sus plantas sin haber echado sólidamente los fundamentos de su Iglesia y completado su organizacion. La organizacion de la Iglesia católica estuvo profetizada en el Antiguo Testamento, sin que deba este hecho estrañarnos, supuesto que en el orden de los sucesos esta organizacion debe clasificarse de trascendental.

San Jerónimo dice que así como los doce Apóstoles fueron proféticamente prenunciados por las doce fuentes de Elim, los setenta y dos discipulos lo fueron de igual modo por las setenta y dos palmeras que orleaban las riberas de las doce fuentes de Elim.

Moisés, tipo profético del Mesias, en el principio de su ministerio público excogió doce príncipes ó grandes caudillos, que vinieran á ser los padres de las doce tribus de Israel; y

(1) San Mateo, xxiv.

(2) San Juan: xvi.

luego eligió de cada tribu seis otros jefes, total setenta y dos jueces, que debían ser otros tantos senadores ó ancianos, otros tantos asesores, destinados á coadjuvar á los doce en las tareas administrativas y judiciales.

Moisés figuró perfectamente á JESUCRISTO, el cual en el principio de su ministerio eligió doce apóstoles y setenta y dos ancianos, esto es, un apóstol y seis sacerdotes ó ancianos por cada tribu. En la Iglesia, como enseñan san Anacleto y san Jerónimo, los sacerdotes han sucedido á los setenta y dos discípulos, como los obispos á los doce Apóstoles.

Dedúcese, pues, que al subir JESÚS á los cielos la Iglesia, su hija, tenía completa organización; un pontificado supremo, san Pedro; un episcopado, los apóstoles; un cuerpo sacerdotal, los discípulos.

Formaron el apostolado: Simon, á quien JESÚS puso el nombre de Pedro; Santiago, hijo del Zebedeo, y Juan, hermano de Santiago, á quienes apellidó Boanerges, hijos del trueno ó rayos; Andrés; Felipe; Bartolomé; Mateo; Tomás; Santiago, hijo de Alfeo; Tadeo, Simon el cananeo y Judas Iscariote, el mismo que le vendió.

Llamáronse los setenta y dos discípulos: Bernabé, Antipas, Ananias, Parnenas, Alejandro, hermano de san Rufo, Estéban, Nicanor, Mnason, Andrónico, Junias, Stachis, Simon, el negro, Felipe, Timon, Aristion, Carpo, Patrobas, Ayabo, Amplias, Juan Marcos, Olimpas, Aristarco, Simeon, Prisco, Arquipo, Juan el anciano, Cuarto, Abdias, Evodio, Artemas, Epaphrodita, Urbano, Lázaro, Judas-Bersabé, Maximino, Marcial, Ammaon, Narciso, José-Barsabé, Matías, Lucas evangelista, Lucio, Rufo, Zenas, Herasto, Manahen, Jesús el justo, Hermas, Epaphras, Herodion, Azyncrito, Phlegon, Hermas, Marcos evangelista, Apelles, Lucio de Laodicea, Clemente, Silas, Jason, Sosipatro, Nathanael, Tichico, Tito, Crencio, Cleophas, Procoro, Philólogo, Tadeo, Nicolás, Terencio ó Tercero, Aristóbulo, Valerio.

Estos formaron la dichosa pléyade de varones distinguidos que, uniendo el corazón al divino espíritu de su Maestro, le acompañaron en su peregrinación penosa, participaron de sus amarguras y sudores, fueron el núcleo de la atmósfera de respeto y admiración de que la parte sencilla del pueblo de Israel rodeó á JESÚS. Después de la cruenta inmolación de la víctima sagrada, lanzáronse impávidos á proseguir la misión redentora ocupando unos las más importantes sillas episcopales, ejerciendo otros las funciones de párrocos y sacerdotes, todos enseñando, todos predicando, casi todos muriendo en defensa de las verdades que propagaban, dando la efusión de su sangre elocuente testimonio de la firmeza y arraigo de sus convicciones.

En el decurso de esta historia detallaremos los principales incidentes de la vida de cada uno de estos héroes del Cristianismo, y no serán, por cierto, las páginas de este relato las menos interesantes, pues las figuras de los setenta y dos discípulos forman el primer grupo de santos, argumento sublime del cuadro inagural de la misteriosa galería de que la Iglesia, hija del Verbo ha dotado á la humanidad redimida.

De ellos arranca la gloriosa cadena de la tradición católica, como quiera que habiendo ellos visto y oído al Redentor, siendo los familiares de los Apóstoles, no solo se amaestraron en la palabra y en los escritos apostólicos, sino que vivieron de su mismo espíritu y les fue dada la excepcional tarea de dar forma práctica, digámoslo, así al pensamiento del Altísimo. Oportunamente puede clasificárseles de nuestros padres en la fe, ya que nos engendraron con la doctrina y con la sangre.

Pero antes de iniciar el desarrollo de esta historia, ó mejor, como preliminar indispensable procede echar una mirada sobre la situación del pueblo judaico, teatro de los grandes misterios de la Redención.

El pueblo que crucificó al Esperado por los patriarcas fue el que inauguró la persecución de sus discípulos. Los que clavaron en la Cruz al cordero divino apedrearon enojados á Estéban. Léjos de ablandarse el corazón de Jerusalem se petrificó más y más.

Echemos una rápida ojeada sobre el espíritu, la actitud y la manera de ser de los judíos en aquellos días.

II.

Situación de la Judea al morir JESÚS.

Los profetas habían enmudecido. El Verbo había dicho á su pueblo todo cuanto tenía resuelto decirle por órgano de los *videntes*. Aquella tierra tan fecunda en inspiraciones extraordinarias era ya estéril en frutos de palabra. Israel sin profeta era una nación desolada. El profeta había sido la personificación del genio popular; y el carácter sagrado de las personificaciones del genio israelita imprimían á aquel pueblo el sello de la superioridad sobre los demás pueblos. El profeta era sábio, era poeta; pero la sabiduría del profeta tenía una expresión que dominaba la sabiduría de los filósofos de otras naciones; su poesía tenía un encanto que no podían ni siquiera remedar las inspiraciones poéticas de los paganos. El encanto de la fe y la autoridad de la revelación revestían las palabras de los profetas de cierto esplendor, que ofuscaba las obras de los genios extranjeros. Ninguna nación podía presentar un poeta que llorara como Jeremías. Solo la fe era capaz de inspirar la sublimidad de un llanto como el suyo. Aquellas lágrimas únicamente podían brotar de un corazón humedecido en un manantial celeste. Tampoco ningún político podía hablar del porvenir con la inflexible autoridad de Isaías y Daniel. Los sábios de otras naciones hablaban calculando; los políticos de Israel hablaban viendo. Los proverbios de Salomón habían de esceder á los discursos de todos los moralistas, porque él los escribió aprendiéndolos en la escuela divina. Séneca es un niño comparado con el hijo de David.

Al cesar la voz del Señor, aquel pueblo inclinado á la disipación, sintió el impulso de las ambiciones terrenales, y ávido de participar de la vida de los gentiles, difundióse por las naciones. Babilonia, la Media, la Persia, hasta la China recibieron falanjes numerosas de hijos de Abraham, que olvidaban el sacro espíritu de la tierra de promisión. Alejandría y todo el Egipto, la costa de África y la Libia, la Siria, el Asia menor, la Isla de Chipre, la Grecia, Italia veían aumentarse cada día el número de familias israelitas, que dejaban la patria tradicional, unos arrastrados con la cadena del cautiverio, otros atraídos por el imán de la especulación. «No hay en todo el orbe, decía Agripa á los judíos, un pueblo en que no habiten algunos de los vuestros.»

El lazo religioso se iba aflojando. «Cinco siglos hacia, si es preciso remontarse hasta Esdras, como lo pretenden los rabinos, que la enseñanza rabínica había venido á suplir, explicar y con frecuencia á complicar y sutilizar la ley; la Sinagoga se levantaba al pie del santuario; el rabino tomó asiento junto al sacerdote. Ritos secundarios, una religión doméstica, casi diremos municipal, había reunido los judíos fuera de los ritos solemnes y legales que se celebraban solo en Jerusalén, solo en el templo. Mas el culto y la enseñanza de las sinagogas, menos legítima y menos definida, fundada sobre la autoridad exclusivamente humana de algunos doctores, ni era la misma en todas partes, ni por todos era igualmente admitida. La herejía samaritana protestó, erigiendo sobre la montaña de Garizim un templo, destruido después por los judíos; separóse de Jerusalén y del sacerdocio, inclinándose á la idolatría... Por otra parte, los judíos de Egipto habían levantado en Heliópolis otro templo rival del de Jerusalén; allí convergían sus tesoros y dádivas en vez de enriquecerse con ellos el tesoro de Sion; sus doctores, mas filósofos que rabinos, griegos en lenguaje y en espíritu, platonizaban á Moisés, y llegaron á ser desconocidos, extranjeros, casi cismáticos, ante el rabinismo de Judea. Los judíos de allende el Eufrates y los de la Persia, ¿aceptaban la doctrina de los

rabinos de Jerusalem? Lo ignoramos; las sinagogas chinas no conservaban huella alguna de las enseñanzas rabínico-jerosolimitanas (1).»

Mas si la unidad doctrinal desapareció entre las ramas dispersas del pueblo santo, no la conservó tampoco su tronco. Mientras el templo de Garizim sostenia abiertamente el lema de la rebelion, á la sombra del templo de Jerusalem germinaban diversas y encontradas escuelas. Los saduceos protestaban contra toda tradicion, y reclamaban un puritanismo basado



LECTURA DE LA LEY EN LA SINAGOGA.

en la literal inteligencia del Pentateuco. Fanáticos de la ley escrita tendian al paganismo, de la misma manera que el fanatismo por la Escritura santa de los modernos protestantes se inclina al deismo. Los cabalistas perturbaban las conciencias, desasosegaban los ánimos con sùtiles y portentosas narraciones, mezcla informe de las ideas mosaicas y del paganismo egipciaco. El fariseismo, que se jactaba de sostener la ortodoxia de la doctrina y de la ley, que alardeaba sentimientos de adhesion á las tradiciones y á las esperanzas judáicas, preocupábase

(1) *Rome et la Judée*, par Champagny.

menos de conservar la integridad de la verdad que de aumentar el esplendor material. «Iba eclipsando el nombre de Moisés con la escesiva gloria que prodigaba á su rabino Hillel, rebajaba el templo en provecho de la escuela, el sacerdocio á favor del doctorado; amenguaba la importancia de la Biblia enalteciendo la de los comentaristas, y sin falsificar quizá la ley se la apropiaba para explotarla.» De ellos escribió Lucas: «¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que os habeis reservado la llave de la ciencia! Vosotros mismos no habeis entrado, y aun á los que iban á entrar se lo habeis impedido (1).»

Los grupos diseminados de israelitas conservaron, no obstante, un signo comun; el orgullo de raza. Infieles al espíritu de Abraham, permanecian satisfechos de su sangre. Querian ser ante todo, y se confesaban sobre todo judíos. La conservacion de este calificativo fue para ellos el mas vital interés.

Roma en su afan avasallador comprendió la aspiracion de aquel pueblo, y respetó en él la varonil pretension de aquella porcion de vencidos.

Su independencia política importaba menos á los judíos que su gloria hereditaria. Roma lo comprendió así, otorgándole la tolerancia de su modo de ser religioso para obtener su voluntaria sumision política. Por otra parte, en los quince siglos de su historia Israel no habia disfrutado cuatro siglos consecutivos de completa libertad. «La sumision es hereditaria en vosotros,» decia Agripa á los judíos. De ahí el que fuera fácil á Roma imponer á la Judea un rey, gobernarla por mano de Herodes. Judea aceptó. Y cuando les fue insufrible la pesadumbre del cetro herodíaco, el grito lanzado por los judíos fue, no el de la independencia, sino el de «Abajo el reinado judáico de Herodes: queremos ser solo una provincia romana.»

Esta fidelidad mereció á Judea preciosas atenciones de parte de Roma. Roma admiraba á Jerusalem; porque Jerusalem poseia como ella una esplendorosa gloria. Los hijos de Jerusalem se llamaban judíos con la misma altivez que los hijos de Roma se apellidaban ciudadanos. El derecho, el cúmulo de derechos vinculado en la palabra: *ciudadano romano*, valia menos para el judío que las glorias acumuladas en esta palabra: *descendiente de Abraham*. El romano se sentia orgulloso por las conquistas realizadas; el judío se sentia ennoblecido por la herencia de que era depositario; se gloriaba de descender de los patriarcas y de los profetas, aunque infiel á las tradiciones de aquellos y á las doctrinas de estos, como los romanos se enorgullecian de ser el pueblo de los grandes capitanes. Roma veia en la raza judáica el elemento que hacia prepotente á su propia raza; aquella era indomable como esta.

Así se explican las condescendencias del Capitolio con el templo de Jerusalem.

Los estandartes de las legiones romanas se humillaban hasta velarse al entrar en la ciudad de David, para que sus idolátricas enseñas no hiriesen las piadosas miradas de los adoradores de Jehová; los judíos eran esceptuados de la prescripcion militar para no cohibir sus conciencias obligándoles á batirse por el triunfo de los ídolos; las remesas de oro destinadas al templo de Jerusalem se hacian bajo la proteccion de dos delegados del imperio; Cumano hizo ejecutar un soldado por haberse chanceado de la ley mosaica, y Pilatos mismo mereció una fuerte censura de Tiberio por haberse permitido fijar en las paredes de un palacio escudos de oro con inscripciones laudatorias del Emperador.

El pueblo judáico permanecia tranquilo á esta condicion. Desjudaizarle equivalia á perderle.

Ocho ó diez millones de judíos contaba el imperio romano cuando la venida del Redentor; fuerza, elemento respetable cuyo valor sabia Roma apreciar.

Rebosaba, pues, vida el pueblo de Abraham cuando sonó la hora de dotar al mundo del mejor de sus hijos segun la carne. Tenia vida, tenia su autonomía, aunque dependiente, era numeroso, era rico, era influyente, y no obstante un malestar profundo despertó en él la expresion de una necesidad. Le era indispensable la aparicion... ¿de un profeta? No, habia tenido bastantes; queria el Redentor.

(1) San Lucas, XI, 52.

En verdad, su venida estaba preparada. Por do quiera habian sembrado los judíos ideas bíblicas, aunque muchas de ellas imperfectas y oscuras. Alejandría, Atenas, Corinto habian oido hablar del Mesías venidero. Aunque divergentes en muchos puntos fundamentales, los discípulos de todas las sinagogas difundian la expresion de sus esperanzas en la redencion. La propaganda habia sido activa y eficaz. Leamos algunos párrafos de Champagny en su citada obra: «Algunos fariseos impulsados por su celo traspasaron los mares anhelantes de rescatar las almas de muchos gentiles. El nombre de Jehová era enseñado á los persas por los comerciantes judíos. Isate, rey de la Adiavena, reducido por un judío á la obediencia de la ley de Moisés, vino en conocimiento que la fe de Israel era idéntica á la de su madre, aquella casa la comunicó á toda su familia y á muchos grandes de aquel país. En el imperio romano cada sinagoga era el centro de una propaganda á la cual se adherian con frecuencia almas inquietas y heridas, alguna santa mujer de la gentilidad. Cási todas las mujeres siriacas de Damasco profesaban la ley de Israel. La misma Roma sentíase algo atraída hácia aquel Dios que Platon le habia hecho entrever y que Moisés le revelaba. Muchos romanos, y sobre todo muchas romanas convertidas con mas ó menos fervor practicaban el ayuno y la abstinencia de carne en los sábados; algunos convertidos llegaron á practicar la circuncision. Horacio, Séneca, Tácito, Juvenal llaman la atencion sobre el número considerable de estos prosélitos, relatan como los ayunos y los sábados eran públicamente observados. En aquella época y bajo la influencia de aquel pueblo, la Grecia, segun atestigua Plutarco, vió generalizarse la observancia de los preceptos judáicos. El uso de las semanas, desconocido hasta entonces, empezó á usarse entre griegos y romanos.»

Es innegable, pues, la influencia de la doctrina y de los usos del judaismo en aquella época. Difundidos los israelitas por las poblaciones de las grandes ciudades reclamaban la parte de su herencia en las libertades municipales y participaban de la actividad pública, y tomaban actitud imponente cuando creian amenazados sus derechos. Cuéntanos el historiador citado, que el mismo Ciceron se sintió sobrecogido de temor en una brillante defensa, cuyo triunfo involucraba la sinrazon de algunas pretensiones judáicas. Lamentóse de que muy léjos del tribunal estuviera muchedumbre de judíos, cubriendo las gradas aurelianas. «Vosotros, decia á los jueces, conocéis á los judíos, los tumultos que promueven en las reuniones cívicas; os consta su acuerdo mútuo, su influjo constante.»

A medida que eran mejor conocidos el espíritu y la fe del pueblo hebreo, obtenian mas justicia en los juicios de ciertos hombres de imparcial y levantado criterio. No faltaba un Varron que oponia á las torpezas idolátricas la religion pura del judaismo, y Séneca confesaba que la piedad de los hebreos era razonable, que sus prácticas estaban en consonancia perfecta con la razon.

Dedúcese de lo espuesto que en aquella época el judaismo era todavía una planta llena de vida, que la conciencia de los designios que en él fijara el Altísimo le imprimian una majestad inexplicable é irresistible para sus mismos adversarios: juzgando humanamente, Israel estaba en situacion de levantarse y dejar sentir la prepotente virilidad de su raza. La decrepitud de su nacionalidad no quebrantaba la integridad de su fe, y, por lo tanto, de sus esperanzas.

Acogiera respetuoso al Mesías y hubiera obtenido el apogeo de la gloria humana y del poder moral.

Mas no fue así por desgracia suya. Su mision providencial quedó cumplida; pero la gloria de su cumplimiento no le perteneció. Israel endureció de tal manera su corazon, que no pudo latir al impulso de los milagros de amor que JESÚS obró en su presencia. La fuerza de atraccion del Dios del Evangelio, que fue capaz de despegar el mundo pagano de sus viejas preocupaciones y levantarlo hasta la region luciente de la celestial fe, no movió al pueblo predilecto, sumido en el mas estúpido fanatismo.

Obcecado ante los portentos con que JESUCRISTO probó la divinidad de su persona, man-

chó sus manos con la sangre del gran Justo; aceptó solemnemente la responsabilidad del deicidio y resolvió oponerse con todas sus fuerzas á la propagacion de la obra apostólica.

La primera persecucion de los cristianos fue iniciada por los judíos. Apenas el drama sangriento del Calvario habia exhibido su última escena, que un nuevo cuadro de iracunda intolerancia patentiza la infidelidad de Jerusalem. Fijémonos en este nuevo espectáculo en que se destaca la pertinacia judáica contra la obra del Redentor.

III.

Estéban protomártir.—Pablo pseudo perseguidor.

Las predicaciones de JESÚS y los milagrosos acontecimientos de su vida y de su muerte infundieron zozobra y alarma en el ánimo de los judíos. Hasta los que no se habian fijado en la persona del Mesías, ni atestiguado ninguno de sus hechos, sentian que algo inexplicable cambiaba la atmósfera que respiraba aquel pueblo. Jerusalem, la ciudad tantas veces ingrata á sus salvadores profetas, hallábase apesadumbrada bajo un remordimiento, cuya intensidad no experimentara despues de ninguno de sus históricos crímenes. ¡Como si Jeremías, envuelto en su sudario, repitiera en alta y trémula voz sus predicaciones horribles, y añadiera á sus melancólicos trinos: «Ahora es, Jerusalem, ahora es cuando debes exclamar lo que en profético acento escribí hace siglos: *Mirallo, Señor, y considera como estoy envilecida!*» Mas no dirigió á las alturas sus ojos compungidos; entercó su corazon, y juró fidelidad á la ingratitud.

Jerusalem fue el punto de reunion de los diversos partidos judáicos mancomunados, á pesar de sus mútuas divergencias, contra el espíritu de JESUCRISTO. El odio á la nueva asociacion era como un soplo infernal que esforzaba el renacimiento de esperanzas extinguidas, aunque ya sin objeto. Empero al lado del convulso judaismo estendiase la organizacion de la nascente Iglesia cristiana. Los congregados en nombre del Salvador se multiplicaban, y la llama del amor á todos los hombres crecia y agitábase al soplo eficaz del espíritu divino.

Junto al edificio israelítico, que se derrumbaba, echábanse los cimientos, ó mejor, se subian los muros del Cristianismo, segun el vasto plan trazado por el Criador del hombre. La humanidad entera iba á ser convocada en el nuevo templo, so cuya inmensa techumbre habia de bendecirse la fraternidad universal de los hombres y celebrarse el glorioso desposorio del hombre con el Verbo. Mientras las sectas judáicas estrechaban su mezquino espíritu y discutian sobre temas ideales, la sociedad de los adoradores de CRISTO ensanchaba el corazon y elevaba el entendimiento. Jerusalem recibia en su seno los once elegidos para juzgar á las tribus del nuevo Israel, y era la memorable ciudad en que se acordaba la sustitucion del apóstol traidor por el justo Matías. La propaganda católica empezó allí. Los pórticos de Salomon, donde tantas veces JESÚS adoctrinó á su grey, eran el punto de cita donde se congregaban los afiliados para confirmarse en la fe y atraerse prosélitos. La divinidad de la doctrina apostólica era probada por hechos portentosos, cuya fama llevaba la conviccion á muchos indiferentes y hasta adversarios. «La verdadera predicacion, dice Renan en su libro *Les Apôtres*, consistia en las conversaciones íntimas de aquellos buenos convencidos; era el reflejo, aun sensible en sus discursos, de la palabra de JESÚS; era sobre todo su piedad, su dulzura. El atractivo de la vida comun que observaban imprimia inmensa fuerza á aquel movimiento, puesto que sus casas eran como el hospicio donde encontraban asilo seguro todos los pobres, todos los indigentes.»

Los milagros de Dios y la edificacion de aquellos hombres ensanchaban rápidamente el círculo de los creyentes. El reino de JESÚS conquistaba cada dia hombres distinguidos por la

santidad y por la posición. Bernabé, Mnason y Marcos, notabilidades de su tiempo, se rindieron á la palabra persuasiva de Pedro.

«El primer fuego se propagó rápidamente. Los hombres mas célebres del siglo apostólico casi todos fueron adquiridos en el período de dos ó tres años por una especie de impulso simultáneo. Aquella fue una segunda generación cristiana, paralela á la que se habia formado cinco ó seis años antes en las playas de Tiberiades (1).»

Á la Iglesia formada de hebreos catequizados por los Apóstoles se agregaron muchos precedentes de los países helenistas, siriacos, egipcios, cirenaicos. La universalidad de la obra cristiana empezaba á dibujarse. Pronto la mayoría de los creyentes perteneció á hombres procedentes de países extranjeros á la Judea.

Los cristianos demostraron pronto que aspiraban á aplicar los grandes principios de caridad enseñados por el Maestro divino, y al paso que elevaban á Dios sus púces y sus himnos, trataban de hacer efectivo el precepto de amor al prójimo.

Los pobres y los sencillos gemían en el mayor desheredamiento. Negábaseles desdeñosamente toda consideración social. Los Apóstoles quisieron que los hermanos en la fe fueran también hermanos en la participación del pan. El Cristianismo fue una familia vasta, cuyos individuos eran mutuamente socorridos y amparados. Volvamos á citar á Renan; los juicios de este adversario astuto de la Iglesia tienen el valor de la imparcialidad y atestiguan lo irresistible de la verdad, cuando apologian el objeto de sus combates. «La reducida Iglesia cristiana, dice, debia asemejarse á un paraíso. Aquella familia de hermanos, sencillos y unidos, atrajo afiliados de todas partes. En cambio de lo que cada cual aportaba, obtenia un porvenir garantido, una confraternidad dulcísima y preciosas esperanzas... Ciertamente á todas luces era ventajoso, sobre todo para los solteros, el trocar algunas parcelas de tierra por un talon de una sociedad de seguros y ante la perspectiva del reino de Dios. Hasta algunos casados se alistaron á la compañía; tomáronse algunas precauciones para que los asociados aportasen realmente todos sus haberes, y no defraudasen el fondo comun. En efecto como cada uno recibia, no en proporción de lo que aportaba, sino de lo que necesitaba, toda reserva de propiedad era una verdadera defraudación. Sorprende la íntima semejanza de tales ensayos de organización del proletariado con ciertas utopias en época no lejana muy favorecidas. Sin embargo, hay entre unos y otros ensayos una diferencia profunda, puesto que el comunismo cristiano arrancaba de una base religiosa, mientras que el socialismo moderno no posee aquel fundamento. Es evidente que una asociación, cuyo dividendo esté en razón de las necesidades de cada cual y no en proporción al capital allegado, debe partir de un sentimiento de abnegación exaltadísimo y de una fe ardiente en un ideal religioso.»

La Iglesia de Jesucristo funcionaba, pues, sobre sus dos grandes principios: la verdad y la caridad. No era solo una escuela, era también un culto religioso completo y un sistema social perfeccionado.

La sangre del Hombre-Dios derramada en Jerusalem fue la semilla de una fraternidad, cuyo heroísmo debió ser admirado por los adversarios mismos de la doctrina y de la moral que lo produjo. La familia temporal no basta para satisfacer el corazón privilegiado de muchos hombres. «Hay corazones para quienes es mas dulce amar á seiscientos que á seis individuos. Estos necesitan hermanos y hermanas en un mundo superior al de la carne. El Cristianismo primitivo abundó en amantes de este género. La atmósfera que se respiraba en los reducidos círculos llamados iglesias, infundia dulzura y ardor. Una era la fe, idéntica la esperanza de todos. Jamás la palabra *hermano* tuvo tan exacta aplicación como en los labios de aquellos creyentes.»

En tales términos comenta el *alma una* y el *corazón uno* de los fieles un filósofo de la historia que no pertenece al gremio católico.

Los creyentes, dice el sagrado libro de los Hechos de los Apóstoles, *por su parte vivían*

(1) Renan, *Les Apôtres*.

unidos entre sí, y nada tenían que no fuese comun para todos ellos. Vendian sus posesiones y las repartian entre todos, segun la necesidad de cada uno. Asistiendo asimismo cada dia largos ratos al templo, unidos con un mismo espíritu y partiendo el pan por las casas, tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazon, alabando á Dios y haciéndose amar de todo el pueblo. Y el Señor aumentaba cada dia el número de los que abrazaban el mismo género de vida para salvarse (1).

Esta multiplicacion de los creyentes creó grandes embarazos á la administracion económica de la sociedad cristiana. Los encargados de la distribucion de los socorros no estuvieron siempre acertados, de ahí que empezaran á proferirse ciertas quejas, especialmente por parte de los hebreos procedentes de la Persia y de otros países gentiles. Surgia, pues, un dualismo peligroso entre estos y los naturales de la Judea. Aquellos asociados, aunque andaban por el sendero de la santidad, no eran todavía santos, por lo que no debe sorprendernos que se ostentaran en ellos las imperfecciones propias de la humana naturaleza.

Sin embargo, los Apóstoles, padres anhelosos de aquella grey, comprendieron la necesidad de cortar en su raíz aquel amago de division, y convocando á los discípulos espusieronles la situacion de las cosas, esponiéndoles un pensamiento providencial.

No es justo, dijeron, que nosotros descuidemos la palabra de Dios por el cuidado de las mesas. Por tanto, hermanos, nombrad de entre vosotros siete sujetos de buena fama, llenos del Espíritu Santo y de inteligencia, á los cuales encarguemos este ministerio, y con esto nosotros podremos entregarnos completamente á la oracion y á la predicacion de la palabra (2).

La santa asamblea aplaudió semejante resolucion, y de entre los primeros discípulos de Jesús fueron elegidos Estéban, Felipe, Procoro, Nicanor, Timon, Parmenas y Nicolás.

De la institucion apostólica hubo ya por fruto una nueva institucion.

El diaconado representó el celo, la atencion, la vigilancia, la administracion sobre los bienes materiales de la nueva comunidad, no con independencia, sino con sujecion completa á la distribucion de los bienes espirituales, pues al propio tiempo que dispensadores del pan lo eran de la palabra (3).

«El diaconado, dice un critico eminente, fue la fundacion de la economía política en el orden religioso.»

Es incalculable la influencia que ejercieron en la primitiva Iglesia aquellos fieles y desinteresados administradores, hombres prácticos en perpétuo contacto con los pobres, los enfermos, las mujeres, cuya mano, siempre abierta para socorrer, traducida con la elocuencia de las obras del amor los elevados principios de la verdad evangélica.

Entre los siete escogidos descolló Estéban, el mas ardiente, el mas activo, el mas práctico, el mas fervoroso de todos. La afabilidad, la modestia, la atraccion de su figura escedia á cuantos rasgos de bondad habian delineado la fisonomía de sus contemporáneos. Estéban era como un ángel encarnado; cada latido de su impetuoso corazon determinaba un vuelo, su mirada, perspicaz como la del águila, descubria todas las miserias; su caridad, reflejo de la de las entrañas del Redentor, era inextinguible en medio de todos los hielos; su administracion era un milagro de providencia. Ora ascendia al altar para ministrar á Santiago, al obispo y á los presbiteros de Jerusalem, ora descendia hasta los humildes y modestos tugurios de sus pobres.

Su inteligencia correspondia á su corazon. Habia sido uno de los mas aprovechados discípulos del célebre Gamaliel, en cuya escuela aprendió sólidamente las doctrinas ortodoxas, base de la fe israelítica. Su nombre era *Chebiel*, esto es, *corona de Dios*, que, insiguiendo una costumbre de los judíos de aquellos dias, lo cambió por Estéban, equivalente en griego á *co-*

(1) Hechos de los Apóstoles, II.

(2) Ibid., VI.

(3) Diacono mysteriorum Christi ministros: nec enim ciborum et potuum ministri sunt; sed ecclesie Dei administratores. S. Ignat. ep. ad Trallianos.

rona (1). Sus cualidades personales le valieron universal aprecio en Jerusalem, con cuya sociedad tenia íntimas relaciones. Créese que fue contertulio de Poncio Pilatos, pues segun cuenta Brentano, la esposa de aquel desventurado gobernador, *Claudia Prócula*, recibia por conducto de Estéban los detalles de la pasion de JESUCRISTO, y despues del desarrollo del drama cristiano, concurrió á las principales apariciones de JESÚS resucitado, al acto de la ascension á los cielos y al descenso del Espíritu Santo. Pronto se notó que su celo igualaba al de los Apóstoles, y los frutos de su predicacion eran tan numerosos y tan ópimos, que superaban al de muchos de sus sagrados colegas. La parte oriental de Jerusalem, campo de su espiritual cultivo, y de Sion, se llenó de creyentes. Betania fue evangelizada por él. Su palabra era penetrante y persuasiva; á los espíritus dóciles y susceptibles les atraia por la mansedumbre de su llamamiento, á los protervos y endurecidos los encadenaba con la fuerza irresistible de su argumentacion. Ministro del altar, congregaba á su sombra las palomas descarriadas de Israel, ofreciéndoles por cebo las delicias del Pan celestial; hombre de escuela, sujetaba con el nervio de su raciocinio á los vagos y delirantes sectarios de una religion caducada. En él brillaban á igual altura la piedad del diácono y la sabiduría del filósofo. Pronto fue el alma vivificadora de las comunidades constituidas sobre la base sencilla, pero celestial de la caridad. Aquellos sencillos y benéficos hombres echaron con profunda ciencia los fundamentos de la obra maestra del Cristianismo, el amor mútuo. Obra nueva, absolutamente desconocida, para cuya edificacion no contaban con ninguna clase de antecedentes; obra original, obra inspirada. Para levantarla suscitó Dios hombres á propósito, y al frente de ellos Estéban, cuyos planes secundaron los llamados. Nadie se hacia sordo á las invitaciones del archidiaconado. El periodo trascurrido desde la muerte de JESÚS al martirio de Estéban es quizá el mas fecundo de la historia cristiana. «Reconoce cualquiera, dice el racionalista Renan, que el pensamiento vivo de JESÚS llenaba todavía el corazon de los discípulos y dirigia todos sus actos con admirable lucidez. No seríamos justos si no atribuyéramos á JESÚS el honor de las grandes cosas por los Apóstoles realizadas.» Testimonio elocuente del sello de la divinidad que ostentan las primitivas obras de la fe.

El individualismo recibió el golpe de gracia por manos de la caridad cristiana. El esfuerzo heroico contra el egoismo fue consumado. Lo supérfluo á las necesidades propias tuvo su natural destino al remedio de las ajenas. La pobreza adquirió derechos tan sagrados como los de la propiedad, y la gloria jerárquica tuvo su foco en la virtud. Este plan era un programa social formulado contra la constitucion dominante, no solo en Judea, sino en todo el imperio romano.

Aquellos fueron dias de profunda conmocion para Jerusalem. La Sinagoga no se habia alarmado aun, pues creyó que con la desaparicion de JESÚS se desvanecerian las aspiraciones de sus discípulos. No pensaban los judíos que la obra del que murió en cruz sobreviviera á su sepulcro. Los primeros rumores de la resurreccion fueron recibidos con desden, y las alocuciones de los Apóstoles como el desahogo del despecho. Pero la actitud de los cristianos, cuya iglesia se multiplicaba portentosamente atrayendo lo mas notable y escogido de entre los mas sinceros creyentes; la creciente popularidad de los Apóstoles y diáconos; la influencia decisiva de Estéban sobre los necesitados, que eran la mayoría de los judíos, preocupó sériamente los ánimos de los de la Sinagoga y del Sanhedrin.

Pronto el desden se trasformó en alarma, y el desprecio en oposicion. La Iglesia arrojaba con valor en el rostro de la Sinagoga el crimen de la muerte de JESÚS, y anunciaba para Jerusalem los enormes castigos anunciados por los profetas. La interpretacion que los apostólicos daban á las Escrituras divinas era tan clara, tan luminosa, que Sinagoga, Jerusalem y pueblo se veian perfectamente retratados en las descripciones de la sociedad y de la ciudad objetos de los anatemas y de los gemidos proféticos.

Ensayaron los judíos abrir una discusion doctrinal contra las afirmaciones apostólicas; pero

(1) Muchos casos recordamos de semejantes cambios: *Saulo* llamóse despues *Pablo*; *Thomas* fue *Didimo*.

Estéban era en aquellos días la figura sobresaliente en el grupo de adoctrinantes cristianos; él fue, pues, el opositor mas enérgico á las animadas controversias de las escuelas anticristianas mancomunadas.

Varias eran las escuelas religiosas que germinaban dentro del judaismo, y todas tenian en Jerusalem sus cátedras, sus sinagogas y sus adeptos. La capital de la Palestina, coronada con la gloria del templo é iluminada por el esplendor del culto á Jehová, era simpática á cuantos reunian alguna fe y algun afecto á las tradiciones mosaicas; por esto Jerusalem tenia lo mas selecto del judaismo.

Las sinagogas ó fracciones mas notables que en Jerusalem brillaban eran la de *los libertos*, formada por los que, despues de haber ido cautivos á Roma, como á resultado de las victorias de Pompeyo, obtuvieron la libertad. Eran tantos los cautivos, que en Roma, capital del imperio, se encontraron ocho mil para agregarse á la diputacion venida de Judea para suplicar que Arquelao fuese excluido del trono: los descendientes de los judíos trasportados á Egipto y Lybia por Ptolomeo I, constituian la fraccion llamada *cirenáica*; los que procedian, ellos ó sus antepasados, de Alejandría ó de Silicia, ó de alguna region africana, apellibáanse *africanos*, *silicianos*, *alejandrinos*. Mas de cuatrocientas sinagogas se contaban dentro de Jerusalem, y cada una de ellas tenia su doctorado, su magisterio, su criterio doctrinal peculiar. Todas estas agrupaciones se propusieron oponerse á la enseñanza del gran diácono, quien rebatía los argumentos contra el nuevo dogma formulados, haciendo enmudecer á los ergotistas mas sutiles y convenciendo á muchos. «Nadie, dice la Escritura, podia resistir á la sabiduría y al espíritu que hablaban por su boca.»

Al combate de la palabra sucedió el de la calumnia.

Sugirieron al pueblo la idea de que Estéban blasfemaba contra Moisés y contra Dios, y sobreescitando á las turbas que poco antes pidieron la crucifixion del Señor, armóse un verdadero y temible motin contra la nueva predicacion. El gran Consejo judáico, esto es, el Sanhedrin, vió conducir ante su suprema autoridad religiosa al venerable doctor cristiano. Allí no faltaron testigos que depusieran acusaciones falsas. Caifás, presidente del gran Consejo, concedió á Estéban la palabra para defenderse.

La acusacion afirmaba que Esteban blasfemó contra Dios, contra Moisés, contra la Ley y contra el Templo; pero lo que en el fondo había, la pura verdad era que el santo doctor habia asegurado que el *Templo seria destruido*, que los sacrificios prescritos por Moisés eran simbólicos; que las observancias de la ley mosaica no complacian ya á Dios, y que JESÚS Nazareno los habia abolido.

Si esto hubieran afirmado los testigos, la acusacion fuera exacta; esta alegacion seria la verdad evangélica.

Setenta eran los senadores congregados para oír á Esteban; y los setenta eran lo mas notable que Israel contenia. El gozo del santo confesor al ver que le era dado confesar y glorificar á JESÚS ante las eminencias del pueblo que le crucificó, escedió á toda imaginacion. Perfectamente dueño de sí mismo, íntimamente convencido de que la divinidad de JESUCRISTO no podia ser negada con sinceras razones, tomó la palabra; siempre fácil, elocuente, dominante en él: á medida que iba esponiendo los puntos mas delicados de aquella controversia su rostro tomaba una fisonomía especial, sus adversarios le escuchaban sobrecogidos de espantoso respeto; tan sobreabundante era en su alma la gracia, que se reflejaba en su rostro; iluminaba su exterior actitud el esplendor de su interior belleza; desaparecia el hombre y aparecia al ángel. Admirable fue la defensa que hizo, no de su persona, sino de la doctrina revelada, que explicó. Jamás Dios, Moisés, la Ley y el Templo fueron apologiadados con mayor entusiasmo; pero aquella apología redundaba en honor y lauro de JESUCRISTO. Oyó el Sanhedrin que CRISTO era grande, porque era el Verbo del Dios de Abraham; que la principal grandeza de Moisés estribaba en que la ley por él promulgada, era la ley preparatoria de la legislacion cristiana; que la majestad del Templo consistia en ser el símbolo de la majes-

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño mas de folio, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro. — Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse. — En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas. — Van publicadas 68 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc. — Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega. — A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta. — Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA. — LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

GALERÍA CATÓLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced: D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla. — La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

VOCES PROFÉTICAS

ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.